
PRÓLOGO.

La extraña producción dramática de Shakespeare intitulada *Troilo y Crésida* fué impresa por primera vez, en 4.º, en el año 1609, y, según algunos afirman, en ese mismo año se publicaron dos ediciones de la obra; pero probablemente fué una sola. Los tipos de estas dos supuestas ediciones son idénticos; en el texto son escasísimas las diferencias, y se distinguen casi sólo por sus portadas y en ir adicionada la que generalmente se acepta como primera edición con el siguiente prefacio, ó más bien anuncio:

«¡NOTICIA!

»Sempiterno lector: aquí tienes comedia nueva, que las tablas no han enranciado, ni ha sido nunca palmo-teada por el vulgo, pero que, sin embargo, enhiesta lleva la palma cómica, porque es engendro de una inteligencia que jamás emprendió vanamente obra dramática alguna.

Si las comedias trocaran sus caprichosos títulos por los de mercancías, ó si las obras dramáticas fueran obras de fábrica, ya verías cómo esos eminentes censores que las llaman vanidades acudirían en tropel en su busca para honra de su propia gravedad. Acudirían muy especialmente en busca de las de este autor, tan conformes con lo que ocurre en la vida, que pueden servir de comentario á todos nuestros actos, y ostentan, además, tanta habilidad y tanto ingenio, que por fuerza cautivan á los más decididos adversarios del teatro. Los espíritus vulgares, toscos y obtusos, que jamás comprendieron la gracia de una comedia, pero que, atraídos por la fama, oyeron éstas, hallaron allí lo que en sí mismos no lograron ver nunca, y marcháronse luego con más entendimiento del que aportaron, aguzada su inteligencia como nunca imaginaron podría haberla afilado su propio cerebro. Tanta y tan sabrosa sal poseen estas comedias, que parecen, según la satisfacción que causan, nacidas de ese mismo mar que dió á luz á la diosa Venus. Pues entre todas esas comedias no hay ninguna más ingeniosa que ésta; y, si me alcanzara el tiempo, sobre ella comentara; no ya para convencerte de que tienes lo que tu dinero vale, pues sé que eso no es necesario, sino para que supieras en cuanto la avalora aun hombre tan pobre como yo. Labor es ésa que, no obstante, merece tanto como la mejor producción de Terencio ó de Plauto; y ten la seguridad de que cuando él falte y sus comedias no estén ya á la venta, todos se atropellarán para buscarlas y se establecerá nueva Inquisición en Inglaterra.

Te doy este aviso á fin de que no rehuses su compra y te califiques de persona exenta de gusto y de sano juicio. Ni la tengas en menos porque no la haya empañado el humoso hálito de la muchedumbre; y da las gracias á la Providencia por la travesura que la pone á tu alcance, pues si se hubiera esperado para esto el permiso de sus enaltecidos dueños, hubieras tenido que suplicar, en vez de tener que suplicarte yo. Y con esto, en vista de la salud de su inteligencia, abandono á todo aquel que se haga de rogar y no la celebre. VALE.»

En la portada de la supuesta primera edición va estampado lo siguiente: «La famosa historia de *Troilo y Crésida*, donde admirablemente se relata el comienzo de sus amores y la ingeniosa mediación de Pándaro, príncipe de Licia. Impresa por G. Eld para R. Bonian y H. Walley, y está de venta en El Aguila, en el atrio de San Pablo, encima de la Gran Puerta del Norte. Londres.»

Los ejemplares que algunos consideran como de una segunda edición, donde está suprimido el prefacio ó anuncio, manifiestan que la comedia había sido representada en el teatro El Globo por los «criados de Su Majestad».

Lo que probablemente ocurrió fué que, mientras que sin permiso de sus dueños, como descarada y cínicamente insinúan los editores, se estaba imprimiendo esta obra, y cuando ya se habían repartido algunos ejemplares, se representó la comedia, y, por lo tanto, hubo necesidad de variar la portada, sustituirla por otra y suprimir el prefacio; y, al par, se hicieron leves correcciones en el texto.

He trasladado á este sitio el célebre prefacio, pues no sólo da clara idea de la gran fama que gozaba, aun durante su vida, el insigne autor, sino porque también la da de lo rudimentario que era en aquella época el concepto de la propiedad intelectual.

En la edición en folio de las obras de Shakespeare de 1623, entre sus demás producciones dramáticas, aparece el *Troilo y Crésida*; pero, ya fuera porque los editores al coleccionarlas olvidaran ésta, lo que es difícil de creer, ya porque se comenzó á imprimir el infolio antes de que se hubiera ultimado la adquisición de esta comedia por los editores, ó ya, en fin, porque los amigos del gran dramaturgo hubieran estado largo tiempo perplejos, no sabiendo cómo clasificar esta rarísima obra, lo cierto es que no consta en el índice de ese libro entre las demás producciones de Shakespeare, y se halla intercalada entre «Las Historias» y «Las Tragedias» sin paginar, excepto las páginas segunda y tercera, que están marcadas con los números 79 y 80, respectivamente; lo que parece indicar que la primitiva intención de los editores fuera colocarla inmediatamente después de *Romeo y Julieta*, cuya última página lleva el número 79, y *Timón de Atenas*, cuya página primera va marcada con el número 80.

En la época de Shakespeare eran muy populares en Europa baladas, poemas é historias más ó menos fundadas en la epopeya helénica, y en esa literatura, así como en *La Ilíada* misma, se inspiró el autor para fraguar su *Troilo y Crésida*.

Es muy probable que Shakespeare no leyera jamás *La Ilíada* en la lengua de Homero; pero seguramente la conocía bien por la traducción que de ella hizo su contemporáneo el poeta inglés Jorge Chapman, quien la publicó en 1598. Comprueba plenamente este aserto la circunstancia de haber elegido, con conocimiento extraordinario del poema, para el desarrollo de su plan dramático, el período que media entre el enojo de Aquiles y su retirada de la lucha, y la muerte de Héctor, lo que no pudiera haber ocurrido si sólo hubiera tenido á la vista las baladas, poemas é historias que glosaban, y muy á menudo caprichosamente trastornaban, desde siglos antes de la época de Shakespeare, la célebre leyenda troyana. Además, es evidente que sólo el conocimiento íntimo del poema original pudo haberle dado á conocer á esos héroes homéricos que tan admirablemente pone de relieve en su *Troilo y Crésida*. Shakespeare, al dar carne y hueso á esos clásicos personajes, se atiene estrictamente á los característicos perfiles homéricos; pero al dar bulto á esas figuras, y al presentárnoslas iluminadas con la luz más brillante de su siglo, hace resaltar en ellas asperezas y deformidades que pasaban inadvertidas en los albores de nuestra civilización.

El escaso decoro de Menelao, la poca energia de Agamenón, la senil gravedad de Néstor, la diplomática astucia de Ulises, la altivez y crueldad de Aquiles, la brutalidad de Ajax, la acrimonia de Tersites, de ese Cáliban demagógico, como lo califica Coleridge, y á quien Shakespeare, como dice Gervinus, refleja en un espejo cóncavo;

la absoluta falta de sentido moral de Helena, la risible desorganización del campamento griego, é infinitos otros pormenores de que se vale Shakespeare para los fines de su obra, en *La Ilíada* están, por más que, como es natural, personajes y sucesos estén, tácita pero claramente, apreciados con diferente criterio por el padre de la poesía griega y el gran dramaturgo inglés.

Como ya dicho, Shakespeare se inspiró, además, para su *Troilo y Crésida*, en esa literatura semipagana, semicaballeresca, que desde siglos atrás tomaba por tema para sus lucubraciones, y acaso para sus caprichosas improvisaciones, el famoso sitio de Troya, cuyos incidentes profundamente impresionaban la plástica imaginación de aquellas generaciones ávidas ya de pasto intelectual.

La leyenda de *Troilo y Crésida*, que tan intensamente cautivó la atención de damas y caballeros de la Edad Media, no existe en *La Ilíada*, donde se nombra á Troilo únicamente para decir que era uno de los hijos de Priamo, y en donde sólo por incidencia aparecen los nombres de una Briseida y de una Criseida, esclavas respectivamente de Agamenón y de Aquiles.

Dudoso es que reminiscencias de los continuadores de la obra de Homero; que la obra de Dictys de Creta, el compañero de Idumeo en el sitio de Troya, escrita en fenicio, traducida al griego en tiempos de Nerón, y un par de siglos después al latín con el título de *Ephemeris belli Trojani*, ó que la *Historia de exidio Trojæ* atribuida al frigio Dares, seudotestigo presencial de

aquellos heroicos sucesos, pero que generalmente se considera obra del siglo v ó de época aun más reciente, dieran origen á la leyenda que aprovechó Shakespeare para su obra, aunque así lo indique Schlegel; y dudoso es también que la verdadera fuente de esa historia sea una obra que nadie conoce, referida á un escritor lombardo del Bajo Imperio, nombrado Lollo, escrita en versos latinos, según afirma Pope y repite Dryden, fundados, sin duda, en lo que dijo Chaucer, declarando cuál era el origen de su poema sobre este asunto.

La fuente más probable de la leyenda es el poema escrito por el trovador anglo-normando Benoit ó Benoist de Saint Maur, en donde se narran *Les amours du biáu chevalier Troylus et d'une fille molt renommée appelée Briseida*. La leyenda de Benoist de Saint Maur, que seguramente fué considerada más interesante y amena por las damas que oían las trovas de ese ministril, que las eternas luchas de aquellos heroicos y despiadados Troyanos y Griegos, en breve adquirió grande y extensa fama.

Esa historia, que en el siglo xii, en algún feudal castillo de Normandía, un errante trovador, viendo languidecer la atención de las damas que oían sus homéricas rapsodias, y sintiéndose inspirado, acaso improvisó sin atenerse á previas ocurrencias, fué fervorosamente aplaudida y en breve tiempo aceptada como verídica. Los amores de Troilo y Crésida se juzgaron por el vulgo parte tan integrante de *La Ilíada* como los de Paris y Helena, y, andando el tiempo, proverbial fué la cons-

tancia de un Troilo, y proverbial también la liviandad de una Crésida.

Guido delle Colonne, poeta italiano del siglo XIII, escribió en latín la *Historia Destructionis Troja*, inspirada, en lo relativo al incidente de Troilo y Crésida, en la leyenda de Saint Maur.

La obra de Guido delle Colonne fué traducida al inglés, en 1513, por Juan Lydgate, con el título de *The Historie, Sege, and Destrucçyon of Troy*, y algunos años antes también fué traducido al propio idioma por el célebre impresor Caxton, *Les Recueil des Histoires de Troyes*, por Raoul le Ferré, capellán de Felipe de Borgoña, obra escrita en 1471.

Este libro gozó de gran popularidad en Inglaterra hasta el siglo XVIII, y de él tomó, probablemente, Shakespeare los nombres dados en su obra á las distintas puertas de Troya.

El Boccacio, apoderándose también de la leyenda de Benoist de Saint Maur, escribió su poema *Il Filostrato*, donde se relatan los amores de Troilo y de Chryseis. Complicase en este poema el cuento original de Saint Maur, y allí aparece perfectamente caracterizado ya el célebre Pándaro, aunque no con la intensidad de colorido con que fué caracterizado más tarde, pues ese nombre en la lengua inglesa pronto llegó á cristalizarse en el verbo *to pander*.

En *El Filostrato*, evidentemente, fué en donde más que en otra obra alguna se inspiró el poeta inglés Chaucer para escribir su largo poema en cinco cantos

intitulado *Troilus and Cressida*, en donde procura el autor, variando notablemente el poema del Boccacio, hacer interesante á la heroína, á quien describe como honrada viuda, engañada, sugestionada y seducida por las villanas artes de su réprobo tío Pándaro.

Según el *Diario de Henslow*, en Abril de 1599, Dekker y Chettle, dos poetas ingleses, se ocupaban en componer una comedia, perdida ya, al parecer, cuyo título era *Troilus and Cressida*; y acaso á esta comedia se refiera el asiento que aparece en el Registro de los Libreros (Stationer's Register) con fecha 7 de Febrero de 1602-3.

Otras varias obras pudieran también haber servido á Shakespeare para materiales de su comedia, pues además de los libros citados, numerosas baladas, diálogos y aun sainetes trataban del sitio de Troya, y especialmente de los pasajeros amores de Troilo y Crésida.

Halliwell habla de tres baladas, muy en boga en aquellos tiempos, referentes á este asunto, y publica en *Los Anales de la Sociedad Shakesperiana*, en el año 1846, una sumamente curiosa, en la que se encomia la nobleza del enamorado Troilo y se pone de relieve la constitutiva fragilidad de Crésida, harto sensible á la perniciosa influencia del rufián de su tío.

Muchos críticos se han ocupado en averiguar cuál era el fin que Shakespeare se proponía al escribir su *Troilo y Crésida*. Que es obra de su última época salta á la vista con sólo leerla una vez, y como de sus últimas obras la clasifican Ulrici, White y cuantos han examinado con algún detenimiento las obras del insigne autor.

En esta comedia, además, hay verdadero derroche de ingenio en el diálogo. El que sostiene Ulises con Aquiles, por ejemplo, puede citarse como de lo mejor que ha producido pluma tan maravillosa, y acaso se pueda cosechar en esta obra mayor número de agudezas y de profundos conceptos que en ninguna otra obra del autor, lo que prueba que fué escrita con extraordinaria atención y grande esmero cuando las facultades del autor habían llegado ya á su cenit.

Troilo y Crésida, sin embargo, es obra que no inspira el más leve interés dramático. Todo cuanto allí ocurre nos es indiferente. Ni los Griegos ni los Troyanos con sus recíprocas baladronadas nos atraen, y muy pronto se desvanece la simpatía que momentáneamente nos inspiraron los amores del apasionado Troilo y la voluble Crésida.

Por razón, sin duda, de ser relativamente trivial y poco lo que en el transcurso del drama ocurre, los caracteres de los personajes que en ella intervienen no pueden desarrollarse como en la generalidad de las obras de Shakespeare se desarrollan; y, exceptuando el carácter archiacrimonioso de Tersites y el de la fragilísima Crésida, escasa novedad ofrecen.

Por otra parte, es difícil hallar la tesis ó el *centrum* de esta composición, en donde se presentan dos ó acaso tres acciones bastante desligadas, los amores de Troilo y Crésida, los incidentes del campamento griego y los sucesos de Troya; acciones que á menudo caminan aparentemente sin determinado objeto, lo que hasta cierto punto explica la repugnancia de Coleridge á disertar

acerca de esta comedia, por no saber á qué atenerse, y la de Dowden, que también rehusa hacer su crítica por desconocer cuál es su fin ético.

Desconociendo cuál es el fin que el autor se propuso en esta obra, lógica es la conducta de Coleridge y la de Dowden, y se comprende también el aserto de Gervinus de que el *Troilo y Crésida* no produce efecto «psíquico» de ninguna clase.

En realidad, esta obra no se dirige al sentimiento: se encamina directamente á la inteligencia, y si se profundiza en la materia, motivos hartos se hallarán para justificarla y para apreciar su mérito é intención.

Algunos han creído ver en esta comedia una atrevida sátira é injustificada parodia de *La Ilíada*; opinión verdaderamente absurda. Otros consideran que es simplemente sangrienta crítica contra las más ó menos atinadas rapsodias de la obra de Homero y la menuda literatura helénica de aquellos tiempos; pero tampoco es creíble que Shakespeare se propusiera luchar contra tan pigmeas entidades. Otros, por fin, si no lo manifiestan claramente, insinúan que el fin que Shakespeare pretendía conseguir al fraguar esta obra extraordinaria era contrarrestar, sin dirigir la vista ni á *La Ilíada* ni á sus imitaciones, la autoritaria intransigencia de los que, sólo atentos á impresionarse con los clásicos prototipos literarios del mundo antiguo, exigían que la moderna literatura rindiera servil homenaje á una escuela que ya, aun en aquel siglo, consideraban fuera de lugar esclarecidísimos ingenios.

Cuando la luz de la antigua cultura literaria comenzó á disipar las profundas tinieblas de la larga noche de la Edad Media, inmensa fué la impresión que sintieron aquellas sociedades bárbaras, pero jóvenes y potentes, al apoderarse de tan inesperados tesoros, y ciego é irresistible fué el impulso de saciar su sed literaria en esas riquísimas fuentes de belleza, que ávidos absorbieron, por más que muy á menudo pugnaban con sus arraigadas creencias y costumbres.

Ningún otro ideal literario á la sazón existía que pudiera oponerse á tan avasallador influjo, y natural fué ceder á él implícitamente; pero más adelante con espontánea fuerza tomó cuerpo una poesía popular que aunque se apoderó también á menudo de aquellos importados elementos, siguió, sin embargo, el derrotero que en su potente evolución trazaban á las modernas sociedades sus especiales creencias, costumbres y caracteres.

Los elementos más cultos de entonces, los hierofantes de aquella fe literaria, no pudieron conformarse con lo que estimaban tosca y bárbara heterodoxia; y á medida que veían crecer y fortalecerse lo que juzgaban fatal engendro, iba aumentando su antipatía y creciendo su casi incondicional y venerando respeto hacia lo que estimaban el *climax* de la perfección literaria.

En la época de Shakespeare ya francamente luchaban estas dos tendencias en el campo de las letras; las inconscientes predilecciones de anteriores tiempos estaban ya perfectamente delimitadas, y dos distintas escuelas se disputaban la supremacía.

En España no se produjo lucha ni controversia alguna. Desde luego su literatura, aunque naturalmente influida, como todas las literaturas de nuestra civilización, por el arte antiguo, tomó, por común consenso, la senda que más directamente la conducía á conseguir vida propia é independiente.

No ocurrió lo mismo en Inglaterra y otras naciones. Ben Jonson, el contemporáneo y amigo de Shakespeare, era, no obstante, su más decidido opositor literario, y en el año 1601 dió al público una comedia intitulada *El Poetastro*, en donde duramente satirizaba á los autores dramáticos ingleses de aquella época, á cuya cabeza se hallaba ese amigo á quien compadecía por saber *poco latín y menos griego*. La rara coincidencia de que, tanto en esa comedia de Ben Jonson como en *Troilo y Crésida*, se presenten prólogos, y prólogos armados, y que en ambos prólogos se haga hincapié en esta circunstancia; el hecho de haberse representado estas dos comedias con sólo meses de intervalo, y el extravagante, é indudablemente intencional y epigramático, anacronismo de Shakespeare, haciendo á Héctor citar á Aristóteles y á sus severas leyes, conexionan indudablemente á estas dos producciones literarias, y no es aventurado suponer que el *Troilo y Crésida*, de Shakespeare, fué la respuesta que éste dió á los ataques de su adversario, ni que de este modo tratara de evidenciar que los semidioses y héroes clásicos de aquella remota época, descendiendo del alto pedestal donde seculares respetos los tenían colocados, y vistos de cerca y á la clara luz del sol, resultaban á me-

nudo tan deformes, ruines y vulgares como la moderna gente, con los mismos defectos, debilidades y prosaísmos que desfiguraban á los personajes de su tiempo; y que, por lo tanto, era absurdo fijar la vista sólo en esos heroicos modelos para conmover nuestra sensibilidad ó para producir una impresión estética, pues aparecían superiores á los demás mortales únicamente porque se adornaban con atributos usurpados y ficticios.

Como el inmortal Cervantes empleó su gloriosa pluma para poner término á una literatura artificial y trasnochada con su fascinador *Quijote*, Shakespeare empleó la suya para contrarrestar el artificioso clasicismo de sus literarios antagonistas con su *Troilo y Crésida*; y no hay duda de que su vigoroso talento estableció en su país un arte dramático más ó menos perfecto, pero cuya ancha base era la interpretación fiel de las humanas pasiones perfectamente definidas y absolutamente naturales y comprensibles.

Ni en España ni en Inglaterra prevaleció ese cerrado criterio que repudiaba cuanto no era conforme con las severísimas unidades clásicas y con los cánones de esa escuela intransigente; pero en Francia, donde no hubo un Shakespeare que torciera el cauce de tan poderosa corriente, ni una pléyade de autóctonos autores dramáticos de primer orden como en España, que con sus obras inundaron en completo la escena, esa influencia avasalladora duró hasta casi nuestros días.

Voltaire, que llamó á Shakespeare *Ce sauvage ivre* y *Ce grossier saltimbanque*, fué quien dió á conocer en

Francia las obras de autor que con tanto desparpajo insultaba, pero cuyos conceptos, no obstante, supo en determinadas ocasiones apropiarse.

Más tarde, Delaplace y Letourner tradujeron las obras de ese «salvaje»; y, andando el tiempo, su influencia produjo, si no obras tan conformes con la naturaleza humana como las suyas, la fértil escuela romántica francesa, é indirectamente acaso, la escuela naturalista de la actualidad, y concluyó con los artificios del clasicismo en Francia, como siglos atrás concluyó con los que amenazaban apoderarse del teatro en Inglaterra.

Troilo y Crésida, en mi juicio, es una obra de controversia literaria, en la que Shakespeare contesta á los ataques de que era objeto su escuela, y en donde, de conformidad con las eternas leyes de la naturaleza, y prescindiendo de convencionalismos impuestos, hace hablar á los homéricos personajes que intervienen en la comedia el lenguaje del común de los mortales, y, por lo tanto, tiene razón el autor del prefacio que he citado, al afirmar que ésta es una de las más ingeniosas producciones de su insigne autor.
